



“LA CASONA” POR SIEMPRE

Por: Jorge Luis Godenzi Alegre¹

Para los que vivimos intensamente la experiencia universitaria, “LA CASONA” atesora connotaciones entrañables. Aquel inmueble cuya arquitectura de raíces góticas se remontaba a los comienzos del siglo XX tuvo alma en todos nosotros. Ese empedrado palacete de menudos mosaicos pintorescos, con torres de vigilancia y techos colmado de tejas, acaba de cerrar su destino, lo han demolido y sus despojos han dado espacio a un terreno disecado para la acumulación de ladrillos que perfilará a uno de los tantos edificios con que esta topografía urbana nos viene saturando.

Asociamos “LA CASONA” con lo que es nuestro y triste a la vez y también con la vida, que como perenne sombra camina invariablemente hacia lo desconocido; la vinculamos con esas recordadas habitaciones enladrilladas de rasgados enchapes de piedras; evoco el segundo

¹ Catedrático universitario. Editor de la Revista Sapere y profesor investigador.

piso donde en una pequeña sala octogonal, en una agradable sillería gris, los estantes de metal se encontraban repletos de libros, era nuestra añorada biblioteca, menuda pero compacta. Es imposible que las nuevas generaciones puedan comprender ese afecto especial que se le tenía al papel impreso que se proyectaban en libros ingrátidos que muchas veces nos possibilitaban contemplar deslumbrados los ideales, reflejados en lustrosas páginas animadas por la brisa de manos curiosas y entusiastas. Ese afecto es hoy incomprensible porque chicos y grandes transcurren por la vida con un rectángulo espejado entre las manos enviando mensajes al tacto porque se han olvidado simplemente de ese papel impreso, es decir del libro.

En ese soplo de reminiscencias, que se ha adiestrado en el goce de subsistir, cada grieta de la pared de “LA CASONA” adquiría una relevancia misteriosa, como si en el interior de cada grieta la realidad permaneciera suspendida; los techos adornados de recias vigas, jalonado con yeso blanco, sostenían la madera que cubría esa segunda planta; en el fondo a la izquierda arrinconada, una pequeña y austera habitación, era el Centro Federado, hervidero de nuestros más altos ideales morales cuyo noble afán consistía en formar profesionales del bien común; al piso principal se descendía por una escalera, tenía una fina barandilla, el pasamano era de madera repujada, en el extremo de abajo estaba una efigie de león pulimentada.

En este ambiente, la vida comunitaria se hacía más fuerte, nacían vínculos duraderos entre estudiantes, profesores y personal administrativo, todos nos conocíamos porque conversábamos con sinceridad; de aquellas conversaciones impremeditadas que se entablaban en los lugares más peregrinos brotaban amistades espontáneas, y en cualquier caso pasajeros deleites que ensanchaban nuestro horizonte vital.

Me la imagino a “LA CASONA” y la asocio literariamente con una embarcación que desde hace tiempo hubo de zarpar con sus históricos timoneles, poniendo su proa rumbo al mar de la vida, con una luminosa divisa sumamente sugestiva: para tener derecho hay que vivir en el derecho.

A lo largo de todos esos años aquella ficticia embarcación ha tenido timoneles generosos, humanistas, humildes, honestos, enciclopédicos, conversadores, altruistas, intelectuales y sabios; algunas de aquellas voces salían al paso exigiendo a la tripulación que aguzáramos el ingenio para que en cada equipaje vayamos aprovisionándolo del material necesario que nos hiciera posible avizorar una vida más auténtica y no confundidora lo cual iba a permitirnos sobrellevar el borrascoso viaje hasta el acoderamiento, cerca de unas misteriosas tierras donde era posible hallar los enigmáticos tesoros escondidos.

Efectivamente, en cada escotilla, los tripulantes, siempre impermeables al desaliento, nos dejábamos guiar por esos curtidos timoneles quienes cotidiana y empecinadamente se encargaban de trazar el mapa para llegar a esa tierra de los tesoros escondidos: Filosofías, Historias, Lenguas, Lógica, Derecho Público, Derecho Privado y sus derivaciones, cada asignatura tenía un mismo rumbo: encontrar la verdad y entender la justicia, y ese rumbo

tenían enigmas que tenía que descifrarse en el decurso del itinerario. La travesía a lo largo de todos estos prolongados años ha sido larga, contradictoria, azarosa, llena de escollos; se ha encontrado demasiada sanguaza en ese mar. Muchos de aquellos jóvenes tripulantes nunca han avistado las orillas de esa tierra de los tesoros escondidos, unos por escasez de medios, otros por falta de esfuerzo o mala suerte, pero nadie en la embarcación nos pudo negar el derecho a arribar a esa tierra que señalaron los mapas como final de esta travesía.

Fue inexorable que los piratas de todas las banderas infestaran ese mar, cuyos cañonazos hirieron nuestros ideales y resquebrajaron los vínculos comunitarios que nos hacían fuertes, hasta convertirnos en átomos aislados dentro de una masa gregaria y egoísta, engolosinados solo en el disfrute de placeres inmediatos e incapaces de sacrificarse en defensa del bien común.

De aquellos expedicionarios que se embarcaron hacia esa tierra sólo los más afortunados han llegado a buen término. Algunos persisten en seguir soñando con cambiar el mundo, otros se empecinan con llevar una vida a ras de la existencia, muchos se han dejado engullir por la avidez del poder, unos pocos, fatalmente, se han enmugrecido por el dinero y el odio, poquísimos, denodadamente se han puesto al servicio del cohecho.

Hoy, aquella imaginaria embarcación ha zozobrado, su línea de flotación ha encallado, su proa, sus puntales y su popa han sido demolidas y es en esta infortunada circunstancia en que volviendo la vista atrás, descubrimos que los tesoros de la que tanto nos hablaban los timoneles estuvieron en el momento en que ingresamos a “LA CASONA”, cuando llegamos por primera vez; se encuentran en el vetusto equipaje que contiene la evidencia de todo lo que proviene del fondo de los siglos y que pudimos aprender sobre la verdad, la justicia y la belleza; están en los libros que hemos podido leer, en la cultura que hemos ido adquiriendo para entender que el descubrimiento de las esencias de las cosas es todo un proceso paciente de esmerado estudio; está felizmente en comprobar que todavía hay tripulantes que no han naufragado y que mantienen constitutivamente insobornables sus valores morales y la dimensión ética de la consecuencia con sus ideales; está en la fortaleza anímica de quienes han impedido que sus corazones se dejen gangrenar por la vanidad y la codicia.

No hay desdicha, por inclemente que sea el tiempo y precaria y dolida que sea la vida, que no se haga más llevadera si a mano tenemos a esos tripulantes del alma; y no hay exultación que no se haga más vívida y perdurable que esas compañías, son esos los tesoros que acabamos de confirmar, riquezas que ningún pirata podrá nunca corromper y arrebatárnosla.

Como se habrán dado cuenta, el tiempo, ese oscuro ejecutor que evapora todas las cosas, no ha podido borrar de la memoria a “LA CASONA” que en su último viaje representa maravillosamente y por siempre una de las mejores experiencias de nuestras vidas.

